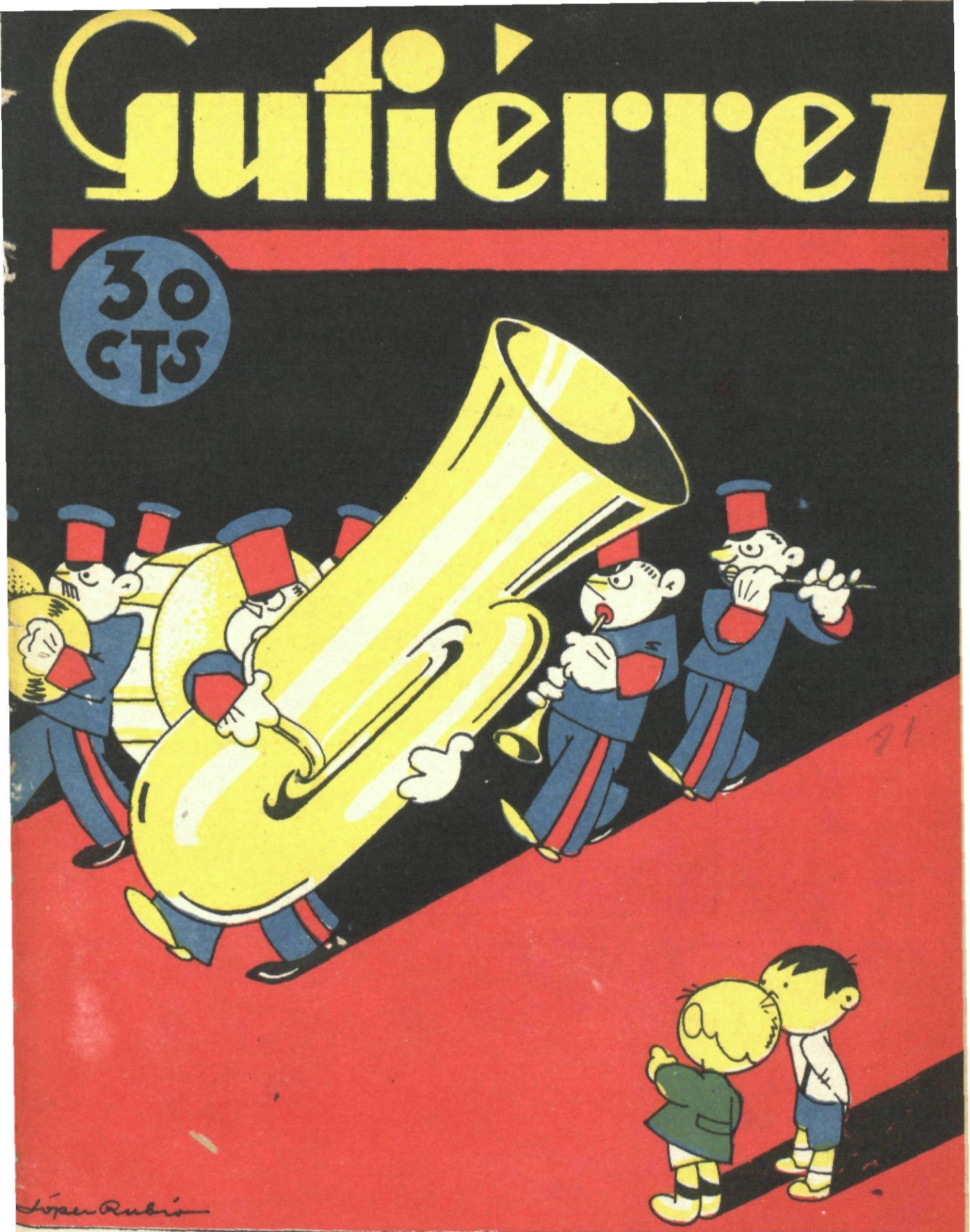
Gutiérrez

30 CTS



—¿Tú ves ese que sopla tan fuerte en el trombón? Pues es mi papá.

—¡Ahora comprendo por qué cuando le ponen la sopa demasiado caliente tenéis que saliros todos a la calle!

EL MENAJE

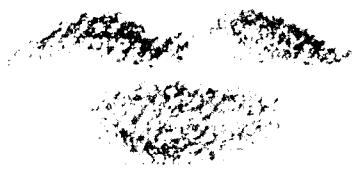
PEDRO OTERO

FERRETERIA
ARTICULOS DE LIMPIEZA, ELECTRICIDAD, LOZA Y CRISTAL
Princesa, 46
MADRID

Vista general de la hermosa batería de cocina con que la popular ferretería El Menaje obsequia a nuestras bellas lectoras, y que se otorgará a la que resulte premiada en este concurso.

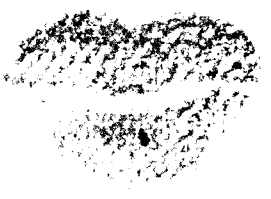
CONCURSO DE LABIOS ROJOS

BESOS RECIBIDOS

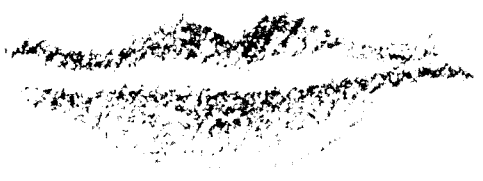


10. Juanita.

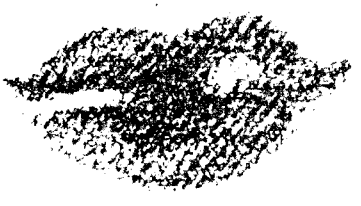
11. Concha.



12 Luisa.



13. Lolín.



14. Bésame.

15. María Antonieta.

16. Cuchichi.

17. ¡Ay!...

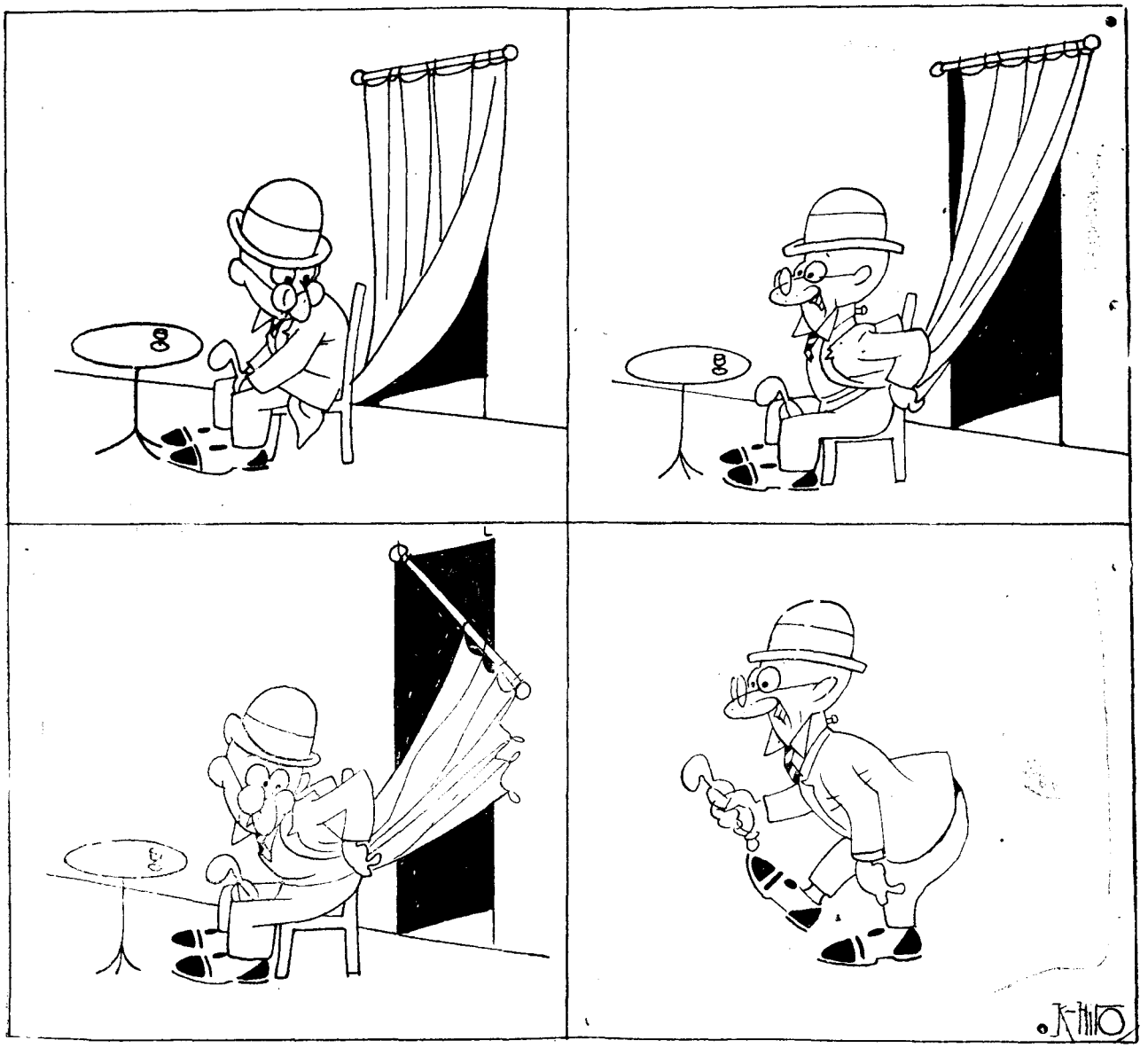
18. Cleopatra.

Gutiérrez

Semanario español de humorismo

Se publica los sábados

Año II | Madrid, 15 de diciembre de 1928 | Núm. 81



¿LA CAMISA?

HISTORIETA MUDA, POR K-HITO

DIRECCIÓN GENERAL

DE

CUENTAS ATRASADAS

Negociado de Incobrables

Debe ser cierto, efectivamente, que de la discusión sale la luz, por cuanto de los empeñados debates sostenidos en el Colegio de Médicos se ha puesto en claro que algunos colegiados aprovechan las consultas gratuitas para recetar determinados específicos en servicio de un interés particularísimo. De sobra sé que nada tan inofensivo como esos mejunjes de mal sabor que nos sirven envueltos en múltiples artículos de fondo, conteniendo misteriosas substancias, de las que tomamos un par de cucharadas con cierta fe... y después los cedemos a los niños para hacérselos tragar, tapándoles con una mano las narices, cuando durante la comida se las hurgaron descaradamente.

No es mi propósito, al hablar de las consultas públicas, entrar en el fondo de la cuestión; nada más lejos de mi ánimo. Ciertamente, la clase médica—hablo en términos generales—ha dado muestras palpables de su desprendimiento y generosidad. Y hasta me atrevo a añadir que se ha abusado algo de esos sentimientos laudables.

El exceso de licenciados y—si quiere mejor V. S.—la escasez de enfermos, ha colocado a la clase en una situación crítica. De otra parte, ese prurito profesional del médico que obliga al paciente a prescindir de los consejos de otros de sus compañeros. ¿A qué viene eso? Si a un albañil lo llaman para una obra, ¿sería lógico que al llegar a la casa en construcción dijese solemnemente "o los demás obreros o yo sobramos aquí"?

No sé si será una indiscreción poner en el superior conocimiento de V. S. que a veces un enfermo cuenta, no obstante, con tres o cuatro médicos a los que baraja sabiamente. Por lo general, todos esos allegados y parientes del enfermo que están en la alcoba cuando llega el doctor, son médicos también; el que está en el portal hábilmente vestido de librea, es otro médico, y el que se pone con disimulo a arreglar el flexible de la luz, lo es también. Además, suele haber otro doctor escondido en la mesilla de noche, a ruegos del enfermo, para evitar que se descubra el pastel y lo dejen solo. Líbreme Dios de estampar aquí el manoseado chiste de que entonces el doliente recobraría la salud; no.

No ignora V. S. que en otras profesiones el Comité paritario designa los individuos de la clase que cada caso requiere; y así, por ejemplo, a una minerva le adjudica tres obreros, y a una rotativa, veinticinco. Puede, pues, el Colegio que V. S. tan dignamente preside, y, por lo menos, mientras subsista el exceso de médicos, asignar uno para un resfriadillo, tres para un caso de "grippe", doce a un enfermo de pleuresía, y así sucesivamente.

Respecto a la escasez de enfermos, es posible que haya influído la costumbre, tan en boga, de recomendarles la dieta en cuanto empiezan a sentirse mal. Recuerda el jefe que suscribe que de niño se ponía malo y en seguida le daban pechuga de gallina, una copita de jerez y mermeladas. Hoy lo tienen tres días, como primera providencia, bebiendo agua con zumo de limón. Así no hay posibilidad; los aficionados cada vez son menos, y el médico se pasa el día en el café.

Aparte de las ideas que he apuntado, me honro en proponer a V. S. que los médicos a que aludo al comienzo de este oficio cobren en la consulta al enfermo la comisión que pueda caberles en la venta del específico, recetando en su lugar una camiseta de algodón, una lufanda o un cuarto de kilo de carne de segunda, con lo cual él sale lo mismo y el enfermo gana.

Lo que tengo el honor de poner en el superior conocimiento de V. S. a los efectos que estime pertinentes.

Madrid, 15 de diciembre de 1928.

El Jefe de Negociado de Incobrables,

Gutiérrez

Doctor Sanchís Banús, Presidente del Colegio de Médicos.

SUCESOS

DEL ANDAMIO A LA CALLE

Villagarsón de la Melena, 16.—Al contrario que ayer, que se cayó un albañil de la calle al andamio (puesto que iba diciendo: "¡Me he *caído;* que ahora tengo que trabajar!"); al contrario, decimos, hoy se ha caído uno del andamio a la calle, fracturándose la paletilla—la paletilla esa con que revocan las fachadas—y entrando en la Clínica en estado preagónico.

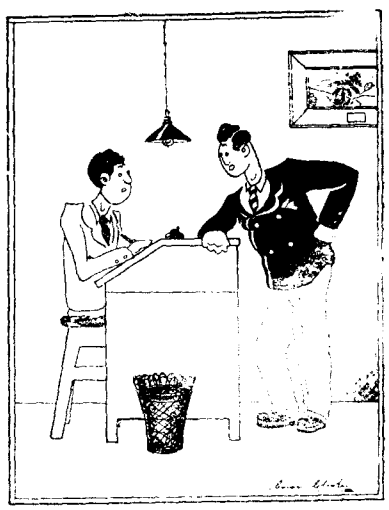
Pero como se cansaba de esperar en el preagónico, como esos que se cansan de esperar al dentista en las salas de espera y se van, se marchó de su gravedad por donde había entrado, y ya dice *papá* y *mamá* otra vez.

PUNTAPIE CERTERO

Castellón de la Explanada, 7.—El maestro de esta localidad don Severo Caballero, ha sido un poquillo reprendido por el papá de Joaquinito Pis, porque por dar demasiado fuerte un puntapié al niño aquí atrás, la punta del pie llegó hasta hacer un bulto muy saliente en lo alto del coco infantil.

A pesar de poner unos paños calientes al niño, no se ha podido evitar que la criatura diga que es que el maestro le tiene manía.

Con motivo del bulto, la boina de Joaquinito gira como una ruleta, cuando se la centra bien.

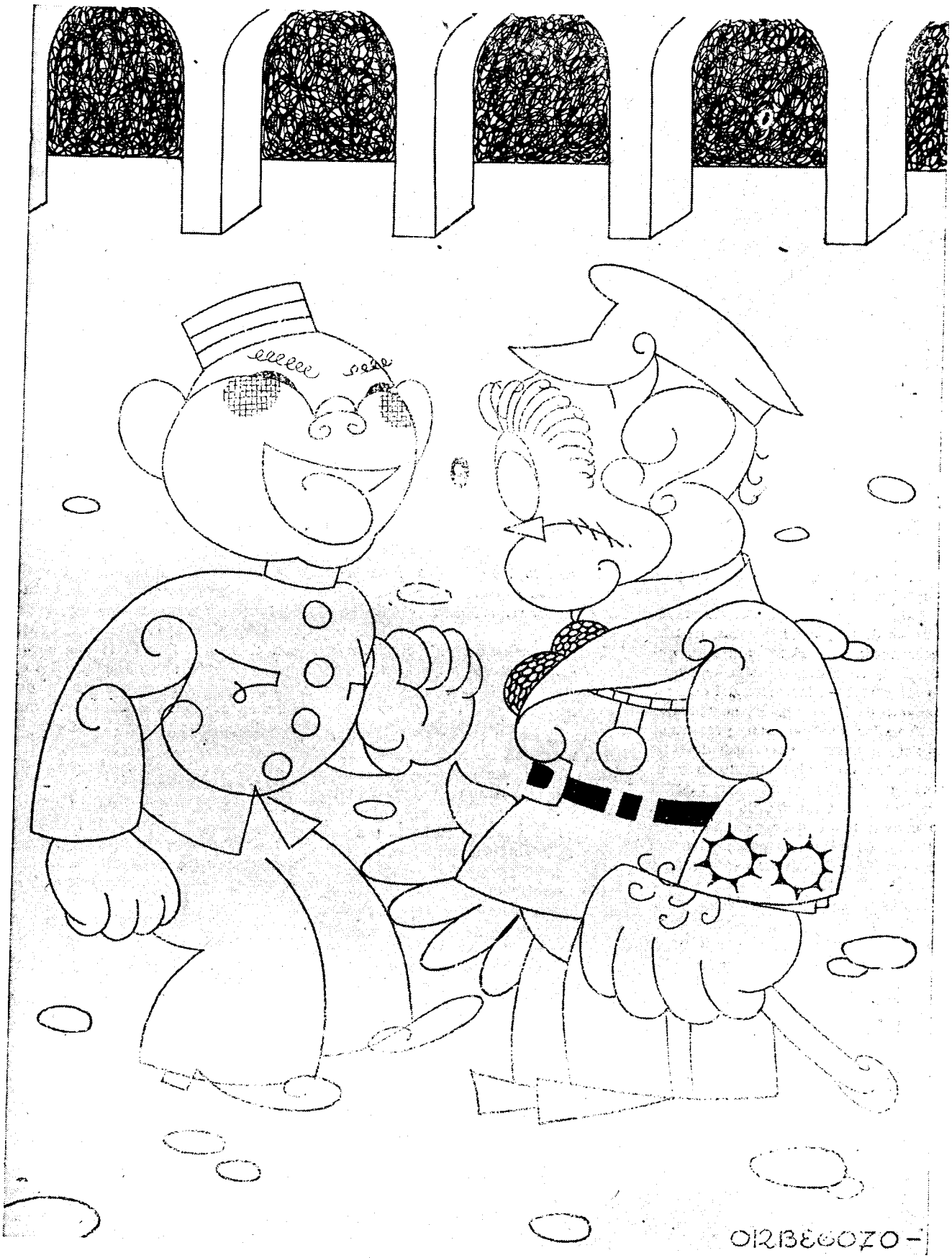


—¿Qué estás haciendo?

—Estoy escribiendo versos.

—¡Hombre! ¡No sabía yo que te sintieras poeta!

—¿Pero no lo sabías? Pues es la primera vez que me siento.



El quinto (que, con la oscuridad, confunde al coronel, que llega).—Anda, pichi, que buena te espera... Acaba de pasar lista el sargento, y no estabas...

ALREDEDOR DEL AMOR

CONTRA PIROPO

Procedimiento infalible y gratuito para curarse de la enfermedad que le ataca al hombre cuando tropieza en la calle con una mujer guapísima.

La verdad es que las cosas no pueden seguir así.

Cada día se ve por las calles mayor número de mujeres hermosas, de mujeres radiantes. Estas mujeres, que avanzan—cada día, también—un nuevo milímetro en las artes del cuidado físico y de la seducción, se "presentan" mejor que se han presentado nunca, y buscan, en el uso de telas brillantes, de pieles suntuosas y de perfumes desvanecedores, otros tantos "reclamos" o anuncios de su belleza, lo cual a nadie debe extrañar, pues al fin y al cabo nos hallamos en la época de la propaganda exasperada y del "bluff" (1).

Ninguna persona de buen gusto osaría ya suplicarles un "sí" a unos labios sin pintar.

Ningún poeta descriptivo cantaría la euritmia de unas pantorrillas que no se hallasen enfundadas en sendas medias de gasa. Las Margaritas Gautier de 1928 no se morirían tuberculosas en un rincón de Passy, sino que le exigirían a Armando que las llevase a un sanatorio próximo al Mont Blanc, y hasta la bohemia de Murger ha variado de tal suerte que Mimí jamás se conformaría con un manguito: pediría un *petit-gris* y hasta miraría a hurtadillas la etiqueta de la peletería para convencerse de que la piel era legítima.

* * *

(1) En GUTIÉRREZ también tenemos nuestro *bluff* correspondiente. Se llama Carlos Gómez.

He escrito los párrafos anteriores para que se convenzan ustedes de lo fácil que es ser cronista de frivolidades.

Y ahora vamos a seguir escribiendo como deben hacerlo las personas que estimen su reputación.

* * *

Decía, y no quiero repetirlo, porque en la vida y en los conciertos me molestan las repeticiones, que las mujeres están más estupendas que nunca.

Para el hombre normal, un paseo por Madrid a la una y media o a las siete de la tarde es una oposición al ataque cerebral, pues ya es sabida la estrecha relación que existe entre el entusiasmo amoroso y esa masa esponjosa, a ratos gris, a ratos blanca y a siempre circunvolucionada, que se llama cerebro, por llamarse algo.

Ver avanzar hacia uno una mujer espléndida como los alrededores de Níger, verla pasar por nuestro lado, aspirar su aroma, sentirse envuelto en su aura, comprobar que no lleva debajo del abrigo más que ochenta gramos de tela y tener que dejar marchar a esa mujer para no volver a verla, probablemente, en la vida, es un suplicio que no se le ocurrió al inquisidor Torquemada, porque el inquisidor Torquemada era un grullo.

Particularmente—y lo que me ocurre a mí les ocurre a todos los hombres—este fenómeno hace un instante relatado, me deja verdaderamente enfermo.

Y esa enfermedad súbita que nos asalta a los descendientes de Adán y de Esaú a la vista de una mujer hermosa, es la que se ha intentado curar con el piropo. De ahí el que apenas pueda circular una mujer por las calles sin que varios caballeros se apresuren a acercarse a ella para comunicarla, indefectiblemente, una de estas tres cosas:

1.ª *Que tiene unos ojos como dos platos de Talavera.*

2.ª *Que se la comerían y la digerirían de buena gana.*

Y 3.ª *Que su papá ha debido de ser tornero y a esa circunstancia se debe el que ella esté tan bien formada, etcétera, etc.*

Otras muchas imbecilidades tienen que oír las mujeres, como castigo a su delito de ser guapas, pero no escribiremos aquí las restantes porque si lo hiciéramos los vendedores se negarían a distribuir el periódico.

Además no puede pretenderse que no existan hombres capaces de decir imbecilidades, pues gracias a ellos—y por contraste—podemos lucir un poquitín los que no las decimos (1).

Para explicar el piropo se han bus-

(1) Me sucede con esto algo parecido a lo que me sucede con esos tipos que tienen aficiones de... modisto de señoras. Todos los hombres les atacan y les afean sus aficiones, cuando lo que debía hacerse es lo que hago yo: defenderles y animarles a que sigan por ese camino. Porque, a poco que se piense, se caerá en la cuenta de que cuantos más individuos haya que huyan del amor de las señoras, a más señoras tocaremos los que todavía las adoramos. ¿Sí o no?

cado hasta teorías psicológicas, filosóficas y sociológicas.

Se ha dicho, por ejemplo, que el piropo a la mujer nace del hambre, insatisfecha, hacia ellas. La teoría es falsa, tan falsa como un asiento de rejilla; no quiero probar la falsedad con una mujer, la probaré con un salchichón de aves, que abulta menos. Y diré que a los postres de un almuerzo que me dejó satisfechísimo y sin pizca de hambre, me preguntó una señorita si me gustaba el salchichón de aves, y yo hice un discurso de elogio del salchichón que en otro país me habría valido un sillón en la Academia. Lo que prueba que para echar piropos al salchichón no es condición imprescindible estar hambriento, y que, por lo tanto, para dirigir un piropo a una mujer no es circunstancia precisa haberse pasado año y medio fabricando *benedictino* en un convento de padres licoreros.

El estómago no interviene en el elogio más que cuando se le dice que tiene mucho talento al jefe de la oficina.

Ahora bien, y esto es lo importante: ¿tranquiliza el piropo? ¿Se cura con el piropo esa enfermedad súbita que nos ataca a la vista de una mujer linda y elegante?

Después de largos estudios y meditaciones, he llegado a un convencimiento negativo.

NO.

El piropo, ni cura al enfermo de entusiasmo ni siquiera le tranquiliza.

Ya ha pasado de largo la mujer hermosa y radiante que nos dejó la sangre coagulada en las venas y en las arterias. Ya la hemos dicho la estupidez de turno. ¿Y qué? ¿Nos hemos olvidado de esa mujer? En absoluto... Seguimos recordándola; seguiremos recordándola siempre. Estamos en diciembre de 1928, ¿verdad? Pues yo todavía me acuerdo de los párpados, azules y somnolientos, de una señora con que tropecé en el andén de la estación de Vicálvaro un día de 1913, en que fuí a ese pueblo a comprar un triciclo.

Estos recuerdos perennes, que ya nos harán sufrir toda la vida, dependen de la belleza de la mujer contemplada, y con el piropo no logramos más que hincarlos aún más en nuestra alma (según se entra, a la izquierda).

¿Cómo curarnos de la enfermedad en cuestión?

Sólo sé de un remedio aceptable, y es éste:

Llegar al convencimiento de que la mujer no es tan linda como nos parece; buscarla un defecto que se base en su misma perfección y decírselo cara a cara.

Es lo que yo llamo EL CONTRAPIROPO.

PRÁCTICA DEL CONTRAPIROPO.

Suponed que viene hacia nosotros una rubia suave—ojos verdes, ojos azules, ojos grises—, esbelta y concisa como un refrán; una de esas mujeres que, sin saber por qué y a conciencia de que es absurdo, nos hacen pensar en que es dulce, tierna y romántica. ¿Qué piropo la dirigiríamos si fuésemos piropeadores? La diríamos, por ejemplo: *Es usted más delicada que la salsa mayonesa*, ¿verdad?

Pues con arreglo a mi teoría del contrapiropo, hay que decirla: *Señorita: las mujeres que se acatarran con el aire de un ventilador*, ¡pa *el gato!*... Y se siente uno más feliz.

La que avanza hacia nosotros es una morena de esas que los cretinos llaman "pasionales" sólo porque tienen el pelo y las pestañas negras. Su piropo correspondiente sería, poco más o menos, éste: *¡Vaya unas pestañas para dormir a la sombra cinco años!*

Pues el contrapiropo, cogiendo la abundancia y la largura de las pestañas por nuestra cuenta, debe ser el siguiente: *A mí no me venga usted presumiendo de pestañas, que no soy ningún "muñeco recortable"*. Y uno respira a gusto.

¿Que es una mujer gruesa y abundante, a las que se les suele decir: *Eso es carne y no los* rosbifs *del Palace?* Pues se la dice: *Usted dispense si no la hago caso, pero es que no estoy acostumbrado a "nadar en la abundancia"*.

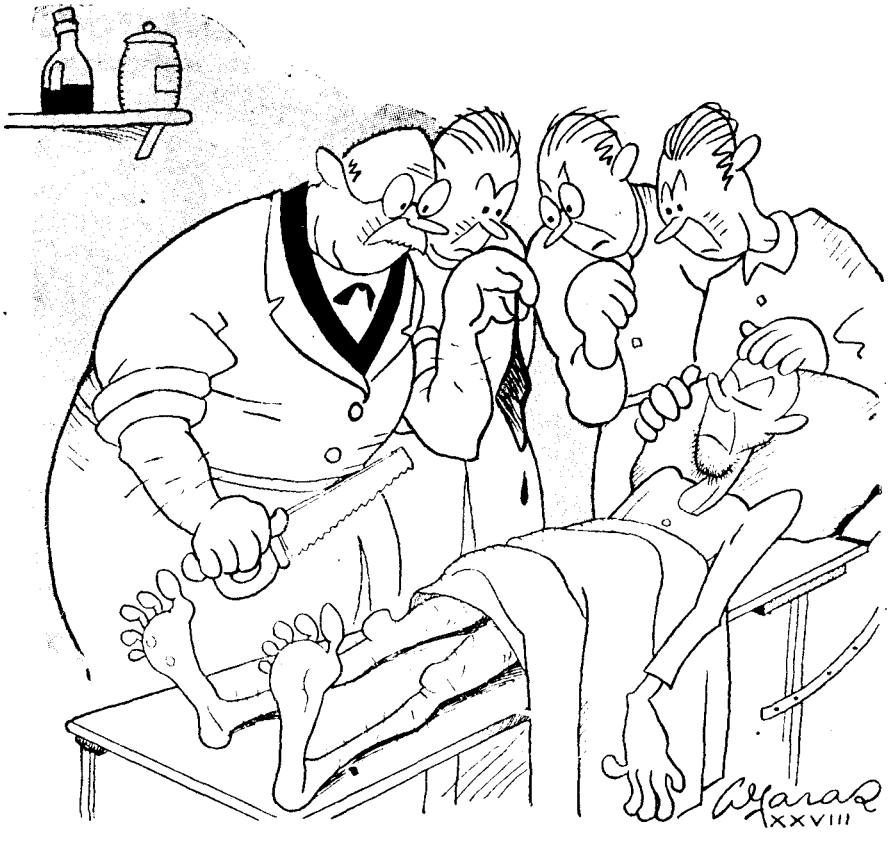
¿Que es, finalmente, una muchacha pequeñita, de las que provocan un: *Es usted un perdigón como para hacerse cartucho?* Pues el que utilice el contrapiropo, debe decir: *Hasta que no deje usted de andar de rodillas no la hago caso.*

Y se siente uno curado del todo.

El contrapiropo tiene dos contras: la de su propio nombre y la contra de que le suelten a uno un trastazo.

Pero la vida tiene golpes tan rudos, que por uno más...

Enrique JARDIEL PONCELA



El doctor (a los discípulos).—Miren. Este es el órgano intestinal infeccioso. Por lo tanto, ruego a ustedes que no toquen el órgano.

LA VIDA DE LOS ANIMALES
CONTADA POR ELLOS MISMOS

EL LEÓN

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE QUE COMÍA SARDINAS

Me llamo Jerónimo la Morena y hace cinco años era tan feliz, que mi felicidad sólo era comparable a la de una mocita sevillana que tuviese cinco lunares negros y un pozo en el patio.

Yo vivía en la selva surafricana.

La selva surafricana es un campo muy grande, con muchos árboles, mucho follaje y mucha maleza. Como hay pocos niños, los veranos allí se pasan muy bien y muy tranquilos. Lo único malo que tiene la selva es que abundan las avispas de un modo tremendo y sus picaduras son muy desagradables para la piel.

Pero nosotros, los bravos leones, estamos ya acostumbrados y no las tememos. Más miedo nos da de los ratones y las lagartijas, que también hay en gran cantidad.

Pues bien, hijos. Os voy a contar lo más interesante de mi existencia.

Era una tarde dorada de septiembre.

No hacía frío ni calor. Tampoco hacía aire. Cantaban los pajaritos. Murmuraban los arroyos. Daba gusto estar en la selva.

Yo estaba tumbado bajo un cerezo en flor, en compañía de ochocientos bravos leones más, y nos entreteníamos en deshojar margaritas blancas y en recitar estos hermosos versos de Shaw:

El sol, ya sin corona, declina tras
[el monte.
Está como incendiado... Deslumbra el
[horizonte...
Empieza a desprenderse la sombra so-
[segada...
Ya sube desde el río... Ya invade la
[cañada.
Por las ondas del aire, hace poco
[tranquilas,
suena, con claras notas, un repique de
[esquilas.

Estábamos pasando una tarde jamón.

Pero algo vino a turbar esta poesía crepuscular. Algo terrible como el garrote.

Nuestros ojos azules y rasgados vieron un ser extraño que a alguna distancia andaba de pie.

—¡Es un oso!—dijo uno.

—No. Más bien parece un farmacéutico—opinó otro.

—Ni lo uno ni lo otro—exclamó un tercero—. ¡Es un hombre!

Y no se equivocó. Era, en efecto, un hombre, porque tenía cara de animal.

Nos ocultamos tras la maleza y nos dedicamos a observarle. El hombre iba andando lenta y tranquilamente mientras comía sardinas en aceite que sacaba de una lata. Cuando se le terminaba el contenido de una, abría otra y seguía comiendo. Era incansable. En un gran morral llevaba lo menos doscientas latas de sardinas en conserva marca "Curbera", y por lo visto a las doscientas pensaba darles fin.

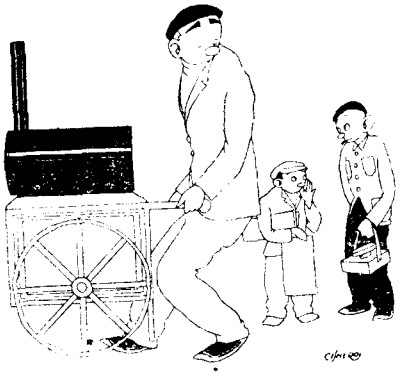
Sorprendidos por la tranquilidad de este hombre, que comiendo sardinas en conserva atravesaba la selva, todos los leones empezamos a seguirle admirados de su valor. Pensábamos avisarle de que en la selva corría mucho peligro, pues en cuanto le viesen las avispas le picarían y le harían pupa.

Y le seguíamos... le seguíamos...

¡Nunca lo hubiésemos hecho!

¡Dios mío! ¡Dios mío!

¡Oh! ¡Qué tontos fuimos!



—Te advierto que es un flamenco. Por menos de diez céntimos te da una chuleta.

EL TRUCO DE LAS SARDINAS EN ACEITE

Aquel hombre era un malvado.

Lo de las sardinas era un truco de faquir. El muy antipático, al comerlas, iba dejando caer al suelo las raspas. Esto es, las espinas.

Y nosotros—¡pobres!—, al seguirle, nos las íbamos clavando en las patas.

Fué espantoso.

Tras él, íbamos cayendo todos heridos con las espinas, sin podernos mover.

¡Cuán sufrimos!

Pero no fué esto solo.

Cuando el hombre hubo llegado al otro extremo de la selva y ya había terminado de comerse todas las latas de conserva, dió la vuelta tranquilamente, encendió un puro, y emprendiendo el regreso por el mismo camino fué quitándonos una a una y cuidadosamente todas las espinas que teníamos clavadas en las patas.

Y esto fué lo verdaderamente odioso.

Esto, porque como todos ustedes saben, cuando un hombre le quita a un león una espinita que tiene clavada en una pata, el león no tiene más remedio que seguirle agradecido. Esto es lo que dispone el reglamento de fieras salvajes de la selva.

Y esto hicimos. Le seguimos con la lengua fuera mil cuatrocientos diez y seis leones agradecidos.

Hacíamos un efecto maravilloso. Daba gusto vernos.

SEGUNDA PARTE

EN PODER DEL HOMBRE

Detrás de él fuimos largo trecho.

Llegamos hasta un "bar".

Se sentó en una banqueta, le rodeamos todos, y nos dijo:

—Amigos míos. Soy un tremendo domador de leones y necesito seis para domesticarlos. Voy a escoger entre vosotros. ¿Hay aquí alguno que se llame Rafael?

—Ninguno—respondimos.

—Pues me gustaría escoger uno que se llamase Rafael, en recuerdo de un niño que tuve y que se me murió de un cólico.

—Pues ninguno de nosotros se llama Rafael.

—Entonces me llevaré seis de los más guapos.

Escogió seis, y entre ellos a mí, que tengo un rostro delicioso. Nos dió un beso a cada uno y nos ató con una cuerdecita.

—Podéis marcharos—dijo a los otros.

Mis cuatrocientos diez hermanos dieron las gracias conmovidos y se volvieron a la selva nuevamente cantando "El Organito de la tarde".

Cuando ya iban a desaparecer de nuestra vista en el horizonte, se volvieron y, agitando sus manos, nos dijeron:

—¡Adiós, guapos!

Lloramos tristemente.

Ya no los volveríamos a ver más...

¡TRISTE EXISTENCIA!

¡Qué existencia la nuestra!

El hombre nos metió en una jaula y nos tenía allí siempre como si fuésemos uno de esos gorriones que no se les puede dejar sueltos por casa porque todo lo destrozan.

Y además se empeñó en domesticarnos.

Quería a todo trance que nos subiésemos en un tonel y que luego diésemos un saltito y pasásemos por un aro. Y si nos negábamos, nos tiraba pellizcos en la barriga y nos llamaba tontos.

Era tan malo, además, que nos metía su cabeza dentro de nuestra boca y la tenía allí un ratito. Nosotros pasábamos un miedo terrible, porque temíamos que nos diese un bocado y nos hiciese daño.

Aquel hombre era tan bruto, que cuando aparecía con nosotros en el circo todo el público se aterrorizaba, y no comprendía cómo nos atrevíamos a meternos con él dentro de una jaula cerrada.

Nos trataba tan mal, que mató a disgustos a tres de mis hermanos y ya, además de tirarnos pellizcos, un día llegó a insultar a mi madre.

—¡Eso no lo consiento!—le dije.

Y aprovechando una noche que no había nadie que pudiese verme, me fuí del lado de aquel hombre tan grosero.

Anduve mucho. Mucho. Pero no pude llegar a la selva, como era mi intención. Otros hombres me cogieron y me trajeron a un jardín, donde hay muchos animales de distintas especies.

Aquí, aunque también metido dentro de una jaula, lo paso más entretenido. Todos los días, para que me distraiga, hacen pasar ante mí a muchos hombres y muchas mujeres, muy graciosos, con cara de idiotas.

Yo me río mucho al verlos, y el día que estoy de humor les echo cacahueses.

FIN

Miguel SANTOS

—¡Señor! ¡Vuestro perro se me ha comido una gallina!
—Gracias por el aviso, buen hombre. Así, esta noche me ahorraré el darle de comer.

EL DÍA 29 DEL ACTUAL PONDREMOS A LA VENTA EL

ALMANAQUE DE GUTIÉRREZ

que nos retrotrae a la Edad de Oro de la Literatura.

Filigranas de estilo, riqueza de palabras, abundan ia de imágenes y con eptos; todas las voces del Diccionario.

¡OCHO GRANDES PLANAS A TODO COLOR!

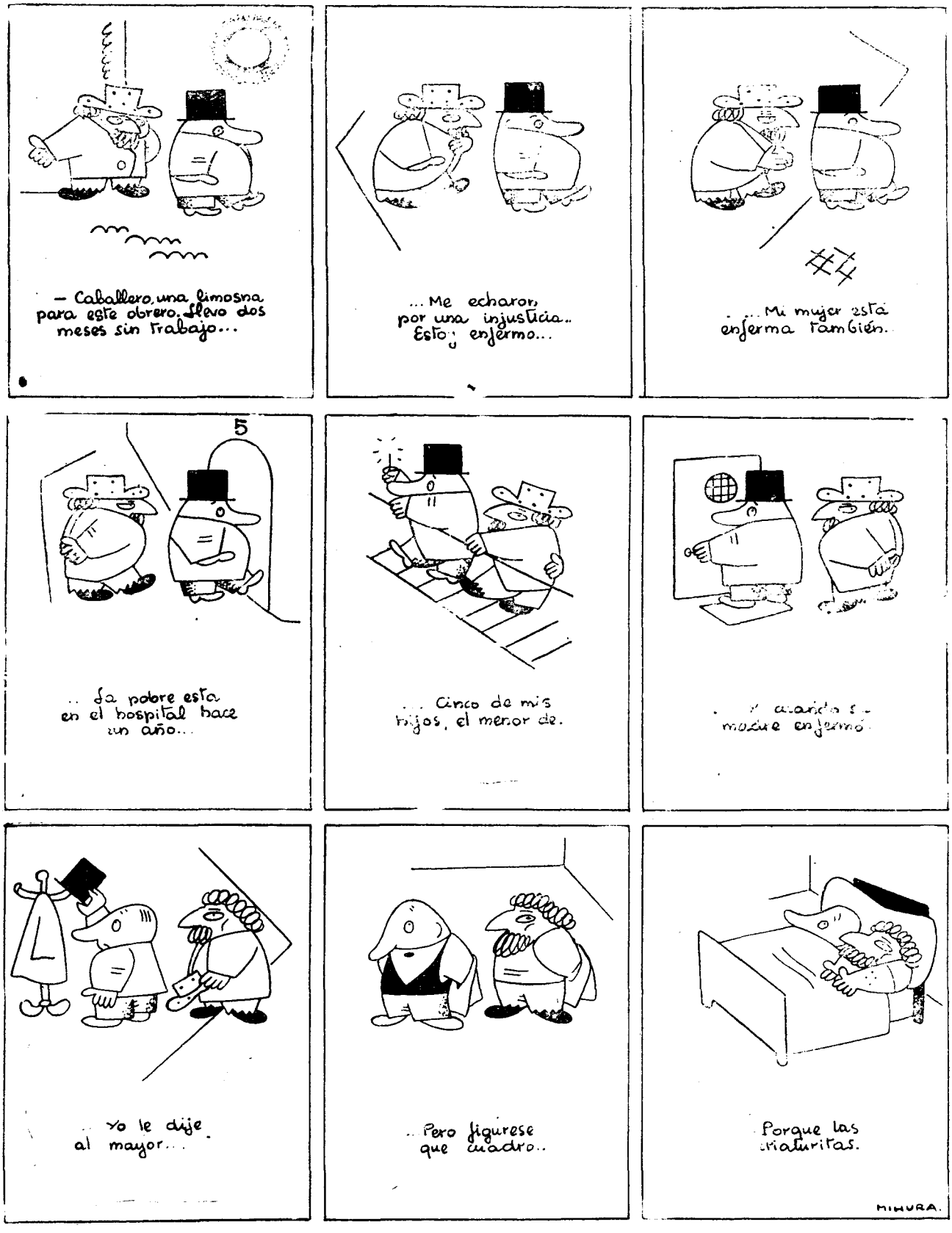
¡Frescos d· Roberto; tapices de Mihura; aguafuertes de K-Hito! más frescos que nadie por

50 CENTIMOS 50

Bellas páginas de amor y celos, de pasión y hambre, de lucha y papel satinado.

LOS PESADOS

HISTORIETA, POR MIHURA



EL LEÓN

Montó Juan una taberna, y decidió pintar la fachada a tono con el establecimiento.

Llamó al pintor Daniel, y le dijo:

—Me vas a hacer la fachada de la "tasca", y como ésta se va a llamar "El León", quiero que me pongas allí arriba con letras bien hermosas: "El León, gran establecimiento de bebidas". Y un poco más abajo, al lado de la puerta, me vas a pintar un león que dé miedo verlo. Lo demás, con un poquillo de cal está todo arreglado.

—Bueno, hombre—dice Daniel—. Te voy a hacer una cosa estupenda; pero el león me tienes que decir cómo lo quieres, porque varía el precio, según que lo ponga o no con cadena.

Como resulte más económico, decide Juan.

Entonces sin cadena, aclara Daniel, y esta misma tarde empiezas a trabajar.

Efectivamente, al cabo de dos días está la fachada imponente con el león, que parece más de verdad que los del Congreso. Cobra Daniel, y se despide. A la gente le da por el león, y la "tasca" hace su agosto.

Pero al cabo de algún tiempo empieza a llover, y con esto a marchársele la pintura a la fachada, de modo que en unos instantes se esfuma el célebre y popular león sin dejar ni rastro de su fuga.

Desilusionado y con un humor de 40 HP. va a ver Juan a Daniel, y le grita:

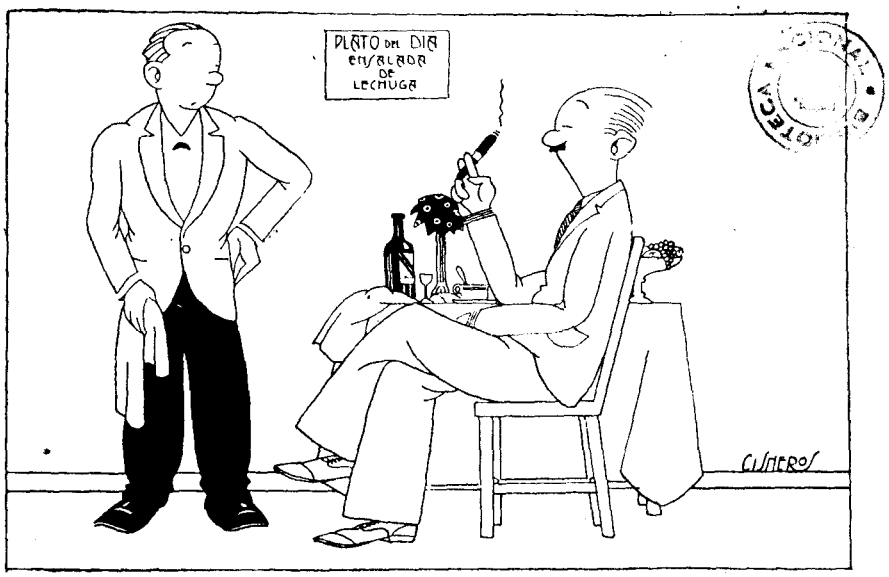
—Parece mentira que hayas echado en la "tasca" unas pinturas tan malas, que a las primeras aguas se me haya ido el león, que era lo que llevaba allí la gente.

—No me grites, hombre—salta Daniel—, que tú tienes la culpa de todo. ¿No querías el león sin cadena? Pues en cuanto se ha mojado ha tomado el tole y se ha ido. Si lo hubieras querido amarradito te sale más caro, pero no se te escapa de allí ni con el diluvio.

GONG

¡COMPRE USTED
NUESTRO
NÚMERO ALMANAQUE
¡MAGNIFICO!
¡ESTUPENDO!
¡DEFINITIVO!

El mendigo.—Llevo dos días sin comer.
La mujer.—Aguarde un momento; voy a llamar a mi marido.
El mendigo.—Gracias. No soy antrópofago.



—¿Quiere usted la cuenta al detalle o englobada?
—Detallada, porque "en globa" va a subir mucho.

—¿Por qué has robado el reloj?
—¡Qué pregunta! He cogido el reloj del escaparate porque hay un letrero que dice: "Aprovechad la ocasión."

CRIMENES, ROBOS Y ESAS BOBADAS

ROBO DE MALA MANERA

Osa Mayor, 13.—Doña Para Odiada Portós ha presentado su denuncia, como una persona mayor, porque dice que cuando subía al cielo le salió una nubecilla al camino, y con ella unos diablejos que, cogiendo la nube, envolvieron en ella a doña Para y la ataron con dos nudos cruzados, como las servilletas cuando llevamos tortilla al campo.

Allí la robaron el alma, y la soltaron otra vez, encontrándose en esta Osa, en expectación de destino.

Rogamos la publicación de esta noticia a todos los periódicos de Madrid y provincias, para que llegue a conocimiento de los seis hijos políticos de la infortunada, y que la reclamen y se la lleven de aquí.

LAS HUELGAS

Roña de los Marqueses, 14.—La jauría ampliamente canina que el Príncipe Abelardo posee en esta ciudad, está disgustadísima porque los hacen un cocimiento de arroz y no les echan cangrejos.

Con este motivo ya no cazan, porque están en huelga de colmillos caídos.

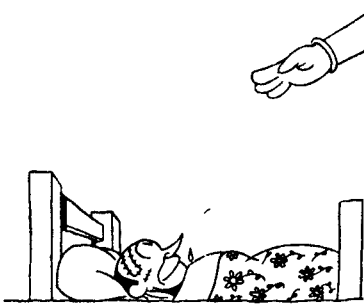
Los veterinarios dicen que nada de huelgas; que es una enfermedad contagiosa. Pero lo que tiene gracia es que sea huelga, ¿verdad? Por eso los periódicos locales dedican sus artículos de fondo al asunto.

CÓMO ESCRIBE PERI

"DE LAS MEMORIA

Aquel verano de 1888 fué, como todos los veranos madrileños, seco y abrasador; las familias pudientes marcharon a San Sebastián, playa recién descubierta por Sebastián Elcano, y un *croupier* belga. Lagartijo y Frascuelo, juntos con D. Práxedes Mateo Sagasta y la célebre danzarina de eléctricos colorines, Loie Fuller, hacían de San Sebastián la playa soñada por todos.

En Madrid, aquel mes de julio se deslizaba entre murmuraciones políticas y preparar la nueva revolución que teníamos en proyecto los liberales. Los futuros revolucionarios nos reuníamos por las mañanas en cierta romántica cervecería, horchatería la llamábamos entonces, situada en la Carrera de San Jerónimo, en el sitio donde hoy se alza el templo de lo ebúrneo y lo ligero, levantado por ese hombre emprendedor llamado José Juan Cadenas. Eramos Rodríguez, el opulento banquero; el capitán Espoleta, Pérez, el diputado radical, y este modesto cronista, y entre vaso y vaso de fresca horchata, templado por las cálidas miradas de



DIAG

Doctor.—No acierto qué cl
cuerda usted algún otro detalle
Ella.—Sí, señor. También l
Doctor.—¡Acabáramos! ¡Lo

...T LOS GRANDES ...DISTAS

... DE UN GACETILLERO"

PARODIA DE UN ARTICULO DE D. JOSE FRANCOS RODRIGUEZ

Carmeleta, una ubérrima valenciana de ojos azules, en los que tenía impresa la tibia majestad del *Mare Nostrum*, fraguábamos la revolución liberal, contra la negra ola clerical que amenazaba España.

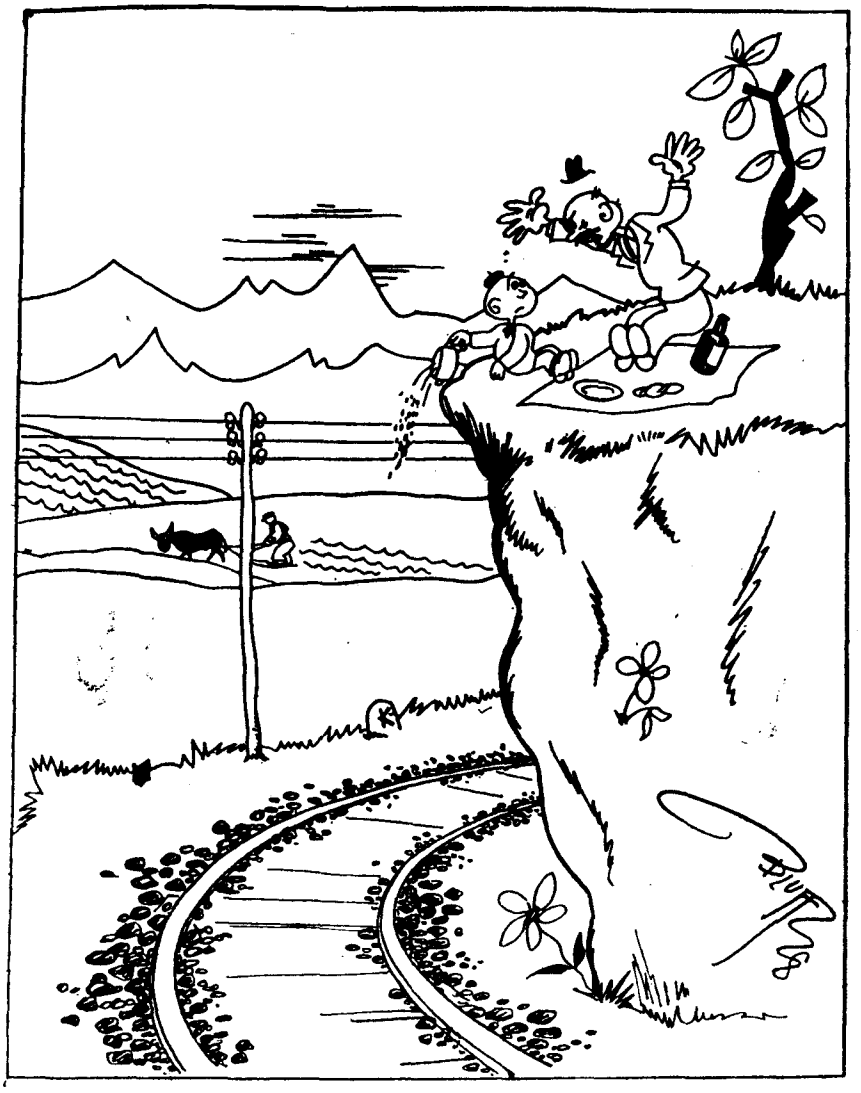
Por las noches, en los jardines del Buen Retiro, romántico asilo veraniego, destruído en aras del progreso, privando a Madrid de su más hermoso rincón estival, nos deleitábamos escuchando los conciertos de Hugo Müller, el célebre maestro alemán, que volvió loco al farmacéutico Borrel, hasta tal punto, que obligaba a sus mancebos a que golpeasen los morteros al compás de la cabalgata de las Walkirias.

A los conciertos de Müller sucedió una brillante temporada de ópera, en la que recordamos a través de los años, a la tiple ligera señorita Gillete, por cierto que esta tiple viene a mi memoria un gracioso incidente: había gran espectación por oír el *Barbero de Sevilla* a Corneotti, célebre barítono precedido de gran fama y esposo de la primera tiple; el Barón del Arco, joven entonces y fogoso amante, la envió discretamente unas flores que ocultaban un billete de 4.000 reales; el marido, ultrajado, le devolvió las flores y se quedó con el billete; hubo una violenta escena, que dió lugar a coplas alusivas; Corneotti cayó enfermo y nos quedamos sin *Barbero*; gracias a la Gillete salimos del apuro y saboreamos las bellezas de *Rigoletto*, la famosa ópera vediana, donde deleitaba con la célebre cavatina al público femenino Carlos Carassa, el célebre *divo* italiano que se dejó en la Corte la voz entre los senos ampulosos de la marquesa de la Fortuna, insaciable dama a quien pusieron de mote la Scala, pues no venía a nuestra Corte guapo que no fuese acaparado por tan ilustre señora, dama, repito, que malogró la carrera artística de muchos cantantes.

Notas tristes también hubo aquel verano: Pepe Mangas, el conocido concejal madrileño, murió de un cólico; se dijo que era natural, con la cantidad de adoquines que se había comido... pero, a pesar del comentario, la gente lo sintió de veras. En agosto hubo crisis: a Sagasta lo sustituyó Silvela. Frascuelo fué herido en Burdeos, vino de Burdeos con la etiqueta del valor.

Nuestra revolución fracasó una vez más; no en balde estaba fraguada entre horchata; en aquellos días, en París, Camaleoni, el tristemente célebre anarquista italiano, violó en un hotel a una camarera de la emperatriz Eugenia, y el mundo tembló.

Félix HERCE



—¿Qué haces, desventurado? ¡Tirar las lentejas en la vía, para que descarrile el tren! ¿No sabes la cantidad de hierro que tienen?

...OSTICO

...de enfermedad puede ser. ¿No re-

...tiraron una butaca.
...e su esposo tiene es un asiento!

¡COSAS VEREDES!

La arrogante presencia de aquella mujer, cuyo vestido, de sencilla elegancia, realzaba su espléndida figura, atrajo las miradas de todos los viajeros del tranvía. Y en todos, ellas y ellos, prendió el mismo deseo: verle la cara, aunque cada grupo por distinto motivo. Ellas, por una rencorosa curiosidad; ellos, por un deseo de macho que otea la carne fresca de una buena hembra.

Un sombrero de grandes alas, que le cubría la cara, y el tener la cabeza baja, impedía la realización de tal deseo. Hubo quien, por satisfacerlo, se pasó de la parada en que debía apearse. Al fin, cuando el cobrador le presentó el billete, ella alzó la cabeza y pudo vérsele el rostro. Y todos respiraron; pero, ¡oh desilusión!, aunque sus facciones eran correctas, estaban picadas por las viruelas.

Las mujeres sonrieron, triunfantes y desdeñosas, y los hombres hicieron un mohín de disgusto. En la primera parada el tranvía se quedó desierto.

Solamente un muchacho joven, un *pollo* vestido a la última moda, destocado, para poder lucir una magnífica cabellera negra de siete reflejos, como los de las chisteras, cuidadosamente peinada con una ondulación tan perfecta que haría palidecer de envidia al propio Marcel; solamente este muchadho continuó mirándola con insistencia.

Cuando la protagonista de tan pequeño suceso descendió del vehículo que el gran D'Amicis llamó, tan justamente, la *carrozza di tutti*, el joven ondulado y ondulante, pues su cuerpo cimbreño se movía en competencia con el de la muchacha, descendió también, y, acercándose a ella, le dijo, con tono de confianza:

—Buenos días, Conchita. ¿Es que no quiere ya saludarme?

—Perdone usted; pero no me llamo Conchita—respondió secamente la interpelada, sin dejar de andar.

—¿Cómo 'que no?—insistió él—. Y ha estado usted en Las Navas veraneando.

—Le repito que se equivoca. Yo no he salido de Madrid este año.

—¡Es raro! ¿Y no tiene una hermana que se llame así?

—No, señor.

—Pues juraría que era usted la persona a que me refiero. El parecido es exacto: lo mismo de guapa...

—¿Y picosa de viruelas también? Vamos, hombre, no sea pelmazo, y déjeme en paz.

—¿Lo toma usted a broma? Pues es cierto. Sí, señora; picosa de viruelas también. Lo cual no tiene nada de particular, pues no creo que tenga usted la exclusiva de eso. Además, que precisamente me acercaba a hablarla confundido, porque había ofrecido a Conchita darle un bote de una crema magnífica, que ha venido del extranjero, y que con darse una sola untura desaparecen los hoyos de la cara.

—¿Es cierto eso?

Y así siguieron hablando. Entraron en un bar, y él supo decirle cosas agradables que a ella le parecían deliciosas porque nadie se las había dicho. Y pasaron las horas en un vuelo.

Cuando se despidió de él, a la puerta de su casa, subió los escalones a saltos y en menos tiempo que de ordinario. ¡Cuántos pensamientos bullían en su cabeza! No quiso decir nada a los de su casa, que la encontraron más decidora y contenta que nunca.

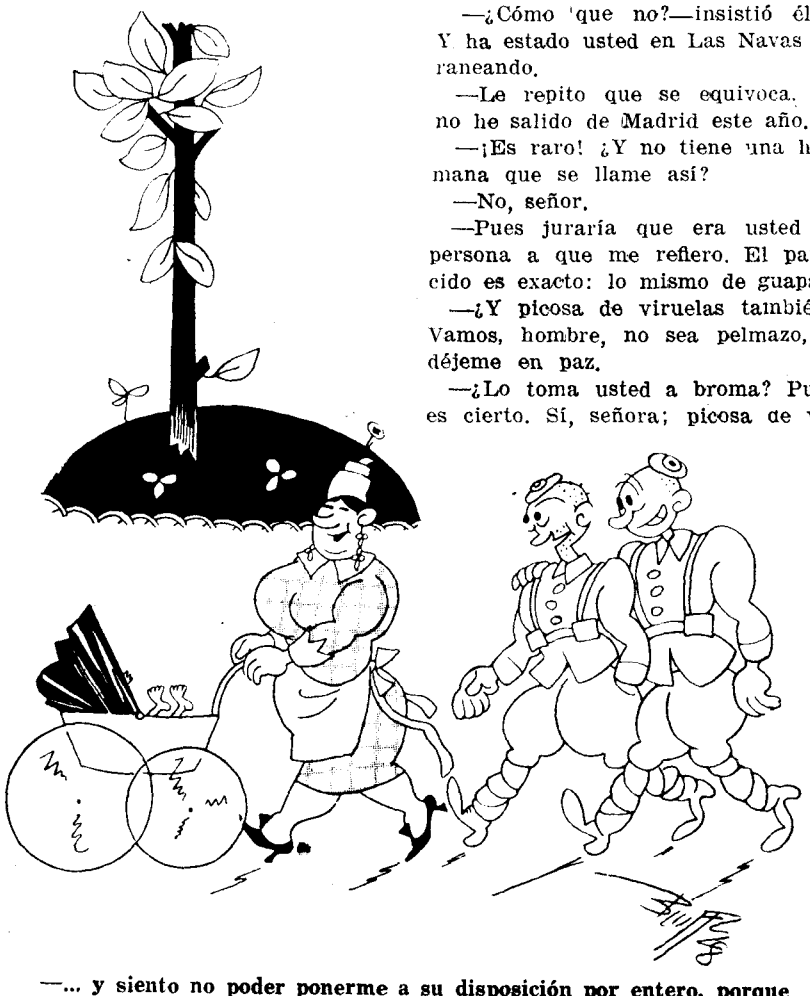
Al día siguiente acudió a la cita, y el muchacho, fiel a su promesa, le entregó un botecito de porcelana blanca con tapa de celuloide. Y, cosa rara, aunque estaba muy a gusto al lado de su acompañante y hubiera deseado que el reloj parase su marcha, sentía al mismo tiempo tal impaciencia por llegar a su casa que anhelaba que el reloj corriese mucho para que fuese pronto la hora de abandonar al atildado joven.

Y llegó el momento ansiado tanto tiempo. Se quedó sola en su cuarto; trémula de emoción abrió el botecito, y cogiendo el grueso de una avellana, según recomendaba el prospecto, con los dedos pulgar e índice fué frotando toda su cara con la misteriosa pomada que había de hacer que desaparecieran aquellos hoyos, en los que ella había sepultado tantas ilusiones. Y siguió frotando, frotando, con mística unción, cual si se tratara de un rito..., mientras cerraba sus ojos.

Cuando los abrió, al cabo de un gran rato, un grito, un chillido más bien, agudo como un estilete, atravesó una sonrisa que, triunfante, se aposentaba en aquellos labios, pálidos hasta entonces por la emoción y bermejos ahora por la alegría.

¡Ya no tenía hoyos! Y esto lo decía a grandes voces, mientras daba saltos por la habitación, con los brazos en alto.

¡Cuántas cosas soñó aquella noche! Y entre sus sueños, siempre se destacaba la figura ondulante del joven salvador de su belleza, dándole el botecito de pomada.



—... y siento no poder ponerme a su disposición por entero, porque no soy más que un quinto.

Al día siguiente, una hora antes de la cita, empezó a acicalarse, tardando más que de costumbre en su tocado. Salió radiante de hermosura y de alegría. A su paso por las calles, todos los hombres tenían un piropo para su gentileza. En el sitio de costumbre la esperaba él.

—¡Creí que no podría esperarla: se ha retrasado usted un poco y tengo mucho que hacer!

—¡Cómo! ¿Se va usted?

—No tengo más remedio. Los negocios son los negocios. Y ahora hablemos de otra cosa. Veo que se ha dado la pomada. Ya le dije que no fallaba: es infalible, no se fabrica otra mejor. ¿Está usted satisfecha?

—¡Oh, ya lo creo! ¡Estoy loca de contento! Y todo se lo debo a usted. ¿Con qué pagarle esto?

—Con siete pesetas cincuenta céntimos. Soy el corredor de la casa que fabrica la pomada.

Enrique ABELLAN

PETICION DE MANO

Por D. Angel Mata Todo ha sido pedida la mano del joven herrero de la localidad Atanasio Zumba Fuerte, para que le ayude a dar la vuelta a la llave, que no sé qué la pasa.

La boda se celeb... (¿Pero qué estoy yo poniendo? No hay tal boda.)

DE TEMPORADA

Con objeto de pasar una temporada al lado de su tío carnal, D. Arcadio Aracena y Araújo, jefe de la cárcel de mujeres, ha llegado la encantadora señorita Mercedes Méndez y Mena (nacida Mercedes Méndez y Mena), cuyos apellidos no coinciden con los del tío carnal ni a la de tres.

Celebraremos que la estancia se alargue, aunque ella nos ha dicho que sólo piensa estar tres meses y un día o dos.

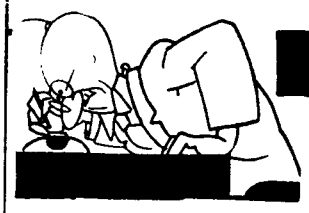
NIEVE EN SEVILLA

Sevilla 15.—¿Qué iba yo a decir?... ¡Ah, sí!

Han llegado a esta localidad los vagones de nieve que fueron pedidos por la Comisión de invierno del Ayuntamiento, con objeto de que se blanqueen los Pirineos sevillanos.

Los obreros municipales la están ya esparciendo con palas, dirigidos por los mismos técnicos que han dirigido los trabajos cuando se ha cubierto de nieve el Guadarrama.

Va bien, y me alegro.



BARDUQUE

LOS ASCENSORES "FINURIA"
"BAVARIDADES" OLVIDO
PRECIO FIJO REFRAN
BARRAS DE VIENA DE SOCIEDAD
ME VOY

El Ayuntamiento se ocupa de que los ascensores funcionen de noche.

Está bien: Cuando lo consiga, a ver si se ocupa de que funcionen de día.

Sería muy conveniente.

* * *

Los bávaros han celebrado una manifestación para impedir que se realice la unión del Reich.

¡Qué *bavaridad!*

* * *

Los afghanos rebeldes han puesto precio a la cabeza del rey Amanullah.

Siendo del rey, ya sabemos el precio que le habrán puesto.

Un real.

* * *

Los obreros de Viena están en huelga. El conflicto es peligroso, sobre todo por los panaderos, porque éstos no se paran en barras.

* * *

Dice un periódico: "Yacimientos de *potasia.*"

¡Carambia! ¡Qué me *cuentian ustedes!*

* * *

Otro título periodístico:

"Los estudiantes servios, los campesinos rumanos y los diputados búlgaros."

Faltan los afiladores turcos, los hojalateros portugueses, los guardías de la porra peruanos y los peritos mercantiles noruegos.

* * *

"Una familia española medio asfixiada en Lyon."

Ya ven ustedes, y luego dicen que no es tan fiero "Lyon" como le pintan.

* * *

Noticia de sociedad:

"En Daimiel una joven, aprovechando una visita a la casa de los padres de su novio, se llevó varias ropas y dinero.

Fué detenida y encarcelada."

La boda se celebrará en breve. Les deseamos una eterna luna de *Daimiel.*

* * *

Bueno; ya me voy. ¿Ha habido algún mal modo? ¿Quieren ustedes algo?

Pues hasta otro día.

FUEGO TUNANTE

Villalón del Queso a 3 el medio kilo. En el palacete que poseen en esta su casa los duques de Campo Policromo se desarrolló ayer un fueguecito regular, debido a la broma que en el día de su santo gastó el duque a la duquesa, de echar la colilla de su puro por el escote de la espalda.

Al principio un tufillo a bistec a la parrilla hizo que los duques mandaran cerrar la puerta de la cocina; pero como oliera a tela y coincidiera con un picor trasero de la hermosa aristócrata, vinieron las sospechas.

No lo notaron antes porque mientras se quemó la ropa por la parte del escote no olía a tela porque no la había. Eso fué lo malo.

Mas luego notaron que el fuego iba tomando incremento y se iba fumando todas las colillas del suelo, y entonces telefonearon.

—¿Está el bombero de guardia?

—Ha salido.

—¿Tardará mucho?

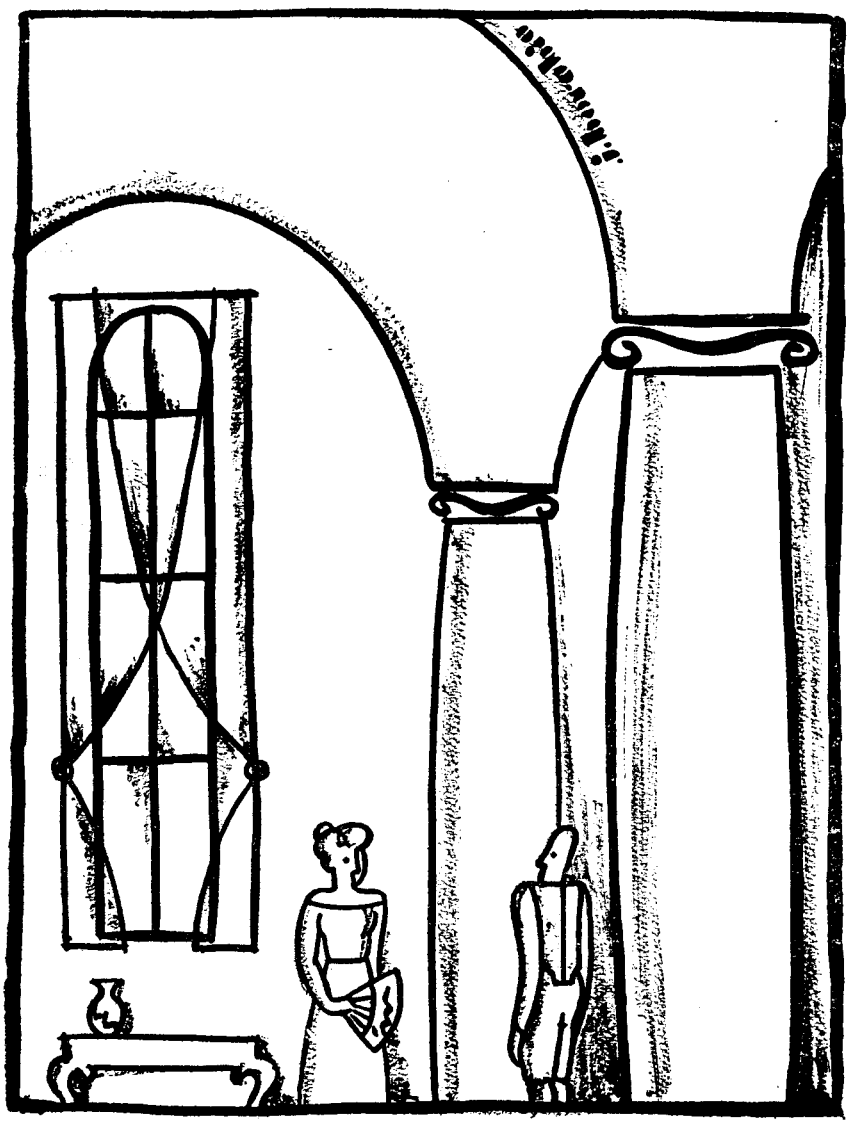
—No creo, porque es que ha ido a comprar una serpiente que se ha muerto en el Parque Zoológico y le sirve para empalmarla a la manga.

—Muy bien; pues haga el favor de decirle que venga lo antes posible al palacio de Campo Policromo.

—Tiene antes otro aviso para otro fuego.

—Bien, pues cuando pueda.

A las dos horas:



La señora.—Mañana tenemos convidados. Ya puede usted tener cuidado.
El criado.—Descuide la señora; ya he recogido los cubiertos de plata.

—Señor duque; ahí fuera está un bombero preguntando que si es aquí donde hay fuego.

—Naturalmente que es. ¿No lo estás viendo?

—Sí; pero es que no sabía si el señor duque quería decir si estaba en casa.

—Que pase.

El bombero se quitó el casco, lo dejó en la percha, como hacen todos los bomberos correctos que van a los fuegos, y entró.

El fuego, que lo oye, se mete por debajo del armario y aparece por la otra habitación.

El bombero fué a atajarle con un hacha y un extintor. Pero ¡cá!, el fuego había trepado por una viga de madera que había dentro de la pared y subió al tejado.

Entonces el bombero le pone unas correas al extintor, como si fuera unos prismáticos; pone unas escaleras largas, largas, empalmando las escaleras de mármol de las casas vecinas, y sube. Ya estaba destrozado el tejado, como el comedor del duque y la viga. Pero el fuego, lengua viva, bajó por otra viga, se metió en el ropero y estuvo registrando todos los bolsillos con la llama y destrozando toda la ropa.

Aparece el bombero y le da un susto; pero el fuego salta por el montante, haciendo saltar de calor el cristal.

¿Dónde se ha escondido?

Todos le buscan y sólo la duquesa da con él: está metido en la cama de matrimonio, asomando de cuando en cuando por el embozo una puntita de llama. El bombero se tira a ahogarle; pero el otro sale por los pies.

—Este fuego no se *sofoca* nunca—le dicen al bombero.

Y él contesta un chiste:

—Y cuidado que le estoy haciendo correr. *¡Ja, ja, ja!*

Por fin se mete en lo único que queda: la cocina. Y la cocinera, una mujerona así de alta y así de ancha, con callo en la mano, coge la llama con la izquierda, con la derecha coge el hierro de la cocina, levanta la plancha y echa en la hornilla el fuego maldito, que después de unos chisporroteos muere abrasado.

El bombero se pone el casco, se despide cariñosamente y se va.

—Ya sabe usted dónde estaba su casa—dice correctamente el duque, en medio del solar.

La duquesa se rasca atrás y se busca la colilla como la que se busca una pulga.

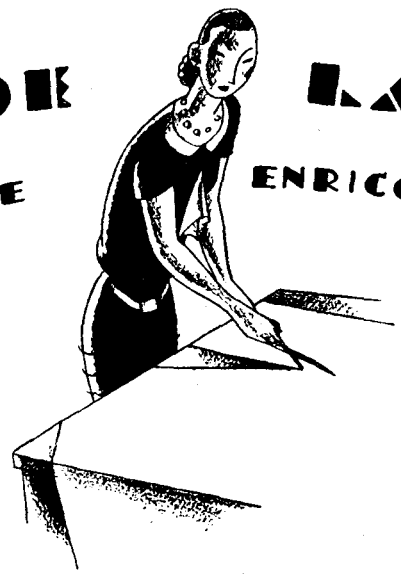
DONROBLES

—¿Por qué has regañado con Carlos?

—Porque era un ordinario. Figúrate que al pasar el otro día por una joyería le dije que me gustaría mucho que me regalase algo para el cuello, y al día siguiente me llevó una pastilla de jabón.

PÁGINA DE LA MUJER

POR EL CONDE ENRICO DI BORSALINO



Frases célebres, que no se han escrito nunca, sobre la boca de las mujeres.

Las mujeres, como los peces, mueren por la boca. Solo que son ellas mismas las que sostienen el anzuelo sobre las bocas ajenas, y al hacer esto lo único que desean es que se abran esas bocas y se conserven cerradas las bocas de los demás.

ALEVÍN DE TRUCHA.

* * *

Nos quejamos de que hay muchas mujeres que no dicen "esta boca es mía".

Pero es que para toda mujer, decirnos "esta boca es mía" es decir demasiado. Contando con que uno no es tonto.

FARENHEIT.

* * *

Cuando se busca algo que rime con *labios*, siempre se le ocurre a uno la palabra *sabios*.

Pero cuando se busca algo que rime con *sabios*, siempre se le ocurre a uno la palabra *bostezo*.

LAPLACE.

* * *

El beso es el alimento del alma.

Los alimentos se toman por la boca.

De modo que...

CHATEAUBRIAND.

* * *

La boca, que es la primera porción del aparato digestivo, está situada en la parte anterior e inferior de la cara y limita: al norte, con las fosas nasales; al sur, con el mentón, y al este y oeste, con los surcos nasogenianos. Consta de seis paredes: la superior es el paladar, la inferior es la lengua y el suelo de la boca, la posterior es el istmo de las fauces, la anterior la forman los labios, y las laterales la cara interna de las mejillas (o mofletes).

En cuanto a los labios son dos: uno superior y otro inferior, unidos lateralmente por la comisura labial, etcétera, etc.

TESTUT (tomo 4.º). (*Libro con que se duermen los alumnos de Medicina.*)

* * *

Aunque se suele decir—y ya hemos visto antes cómo se dice—que en los labios de las mujeres hay uno superior y otro inferior, la verdad es que los dos son superiores.

CASANOVA.

* * *

En mujeres y en caballos hay que huir de los que tienen la "boca dura".

PERELLI.

—Y usted cuando oye el ruido de un aeroplano, ¿por qué mira para abajo?

—La fuerza de la costumbre. ¡No ve usted que he vivido mucho tiempo en una azotea de Nueva York!

¿Puede haber algo más celestial que la boca de las mujeres?

¡Si hasta hablando de ella se habla del "cielo de la boca"!...

Por eso los hombres debemos ser buenecitos.

Para ganar el cielo.

COPÉRNICO.

* * *

En boca cerrada no entran moscas.

SOLDADITO FLIT.

* * *

Iguales causas originan distintos efectos.

Y un beso dado a una mujer lo mismo puede conducir a la felicidad que al matrimonio.

PASCAL.

* * *

Hay mujeres que se ofenden porque se las besa en la boca.

¿Qué harían entonces esas mujeres si se las pegase con un bastón en la nuca?

FRITZ SINDETIKON.

* * *

Si una mujer tiene la dentadura fea, ya os podéis volver tarumbas, que no conseguiréis que se ría.

RISSOTTI.

* * *

Al general Riego se le iba toda la fuerza por la boca.

A las demás bocas de riego les sigue ocurriendo lo mismo.

LOZOYA.

* * *

El beso en los labios nace de la calentura.

La calentura en los labios no se sabe de qué nace.

SULLY PRUD'HOMME.

* * *

Los labios de las mujeres se pintan —y yo lo recomiendo—con *Jugo de Rosas*.

A una mujer que no ame a nadie, le suele durar el *frasquito* quince días.

A una mujer que esté enamorada le suele durar ocho días.

A las mujeres apasionadas les suele durar veinticuatro horas.
Esto es inexplicable.

PARACELSO.

* * *

Los labios de las mujeres sirven para sostener los cigarrillos egipcios.
Los cigarrillos egipcios sirven para demostrar a todo el mundo que las mujeres, aunque fumen mucho, no saben fumar.

MR. LAURENS.

* * *

Puede que las mujeres, al daros un beso con sus labios, no os den el alma.
Pero tened la seguridad de que os dan varios millones de microbios.

RAMÓN Y CAJAL.

* * *

Cuando habléis de algo interesante y una mujer os diga: *Estoy pendiente de los labios de usted*, contestadle que la teoría sin la práctica no vale para nada.

EMERSON.

* * *

Las mujeres abren con frecuencia la boca delante del hombre.
Unas veces es porque se divierten.
Otras veces es porque se aburren.

GIL FAGOAGA.

* * *

Las bocas de las mujeres sirven para hacernos ganar la felicidad besándonos.
Y también sirven para hacernos ganar unos cuantos duros dándonos tema para un artículo.

Por la invención de las frases.

Conde Enrico DI BORSALINO

"La Farsa"

publica esta semana

LA MAJA

POR

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

El doctor.—¡Nada, hombre; no se apure! ¡No es nada! Buena alimentación y, sobre todo, muchos paseos.
El enfermo.—La advierto a usted, señor doctor, que soy cobrador de una sastrería a plazos.

CARTA ABIERTA

Señor Director de GUTIÉRREZ.

Muy señor nuestro: Si es usted lector de *La Voz de los Pájaros*, *El Eco de las Copas de los Arboles*, *Alas* y demás periódicos que hacen su reparto volando en remolino los días de viento, tal como nosotros somos lectores de su imponente revista financiera, se habrá dado cuenta de que estos días las secciones de sucesos de dichos diarios se llevan tres o cuatro columnas, más o menos jónicas, relatando caídas con suerte, rotura de alones, pechugas *y pico*.

Se debe a que en algunos jardines han empezado la poda sin avisarnos a los pájaros, y cuando queremos posarnos en ramas que han existido siempre, nos encontramos que faltan; pero es tarde ya, y caemos y suceden esas desgracias contra el suelo.

Por eso nosotros cogemos *la pluma* para rogarle que llame la atención sobre esto a D. Cecilio Rodríguez y demás peluqueros de los árboles, para que pongan cartelitos en los árboles diciendo: "Cuidado con la poda." Con lo cual sería el único modo de *callarnos el pico*. Porque es que hay algunos pájaros que están que *trinan*, y con razón.

Sin más, somos de usted afectísimos ss. ss., q. e. s. m., *María del Consuelo Alondra, Juan Gorrión, Abelardo Ruiseñor, Carlos Mirlo, Blanca Paloma;* todos del Comité paritario de las Aves.

minutas

El maestro:

—¿Por qué la serpiente tentó primeramente a Eva y no a Adán?

El discípulo:

—Por galantería.

—Yo estoy muy disgustado con mi hijo—decía un padre a otro—. Tiene la mala costumbre de interrumpirme cuando hablo. El de usted, ¿no hace eso?

—No, señor; como no tiene más que cuatro meses, se contenta por ahora con interrumpirme cuando duerme.

* * *

—¡A mí, a mí—dice el borracho—, ofrecerme media copa de aguardiente! Eso fué insultarme.

—¿Y qué hiciste?

—Tragarme el insulto.

* * *

—¡Pepín! Cierra la ventana que fuera hace mucho frío.

—Y crees tú, papá, que cerrando la ventana no hará frío fuera?

* * *

—¿Es cierto que tu hermano con su voz gana mucho dinero en la Opera?

—Sí.

—Qué es, ¿barítono o tenor?

—No. Llama a los chófers una vez terminado el espectáculo.

* * *

El oculista.—¿De modo que veías siempre unas manchas?

—Sí, señor.

—¿Y ahora, con esas gafas que te he recetado?

—¡Ah! ¡Muy bien! Las veo mucho mejor.

El profesor.—Dime, Luisito, ¿conoces toda la fauna del mar del Norte?

El alumno.—Perfectamente.

El profesor.—Bien... Nómbrame cinco animales polares.

El alumno.—Tres osos y dos focas.

* * *

Sinceridad.

—Ahora que estamos casados, dime lo que hubieras hecho si yo no hubiera querido ser tu mujer.

—Oh... muy sencillo: hubiera hipotecado mis bienes.

—Miguel—le dice al nuevo aprendiz el dueño de la tienda—. Estoy muy descontento de ti. Te tomé ayer a mi servicio y te pasas las horas durmiendo.

—Yo creí que esto era mi obligación.

—¿Cómo?

—Sí. El anuncio que publicó usted en los periódicos, decía:

"Se desea aprendiz, de dieciséis años. Deberá dormir en el local...

* * *

Periquín ha recibido como regalo de su santo una cajita de bombones, muy modesta, que le envió su padrino.

Días después, al verle, Periquín le dijo:

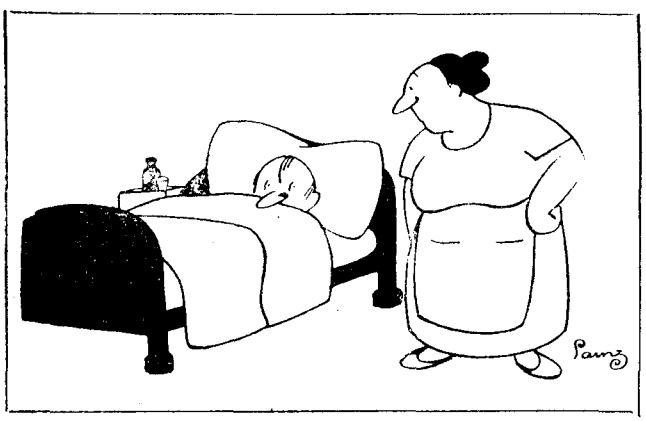
—Gracias por su regalo, padrino.

—¡Ah! Si no vale la pena.

—Ya lo sé; pero mamá me dijo que a pesar de ello le diese las gracias.

—Juanito: para que seas más estudioso, te ofrezco diez céntimos por cada lección que des de piano.

—Es poco. El vecino de al lado me da un real cada día que no lo toco.



—Un poquito de pescado sí que lo pasaría con gusto.

—Bueno. Te daré una cucharada de aceite de hígado de bacalao.

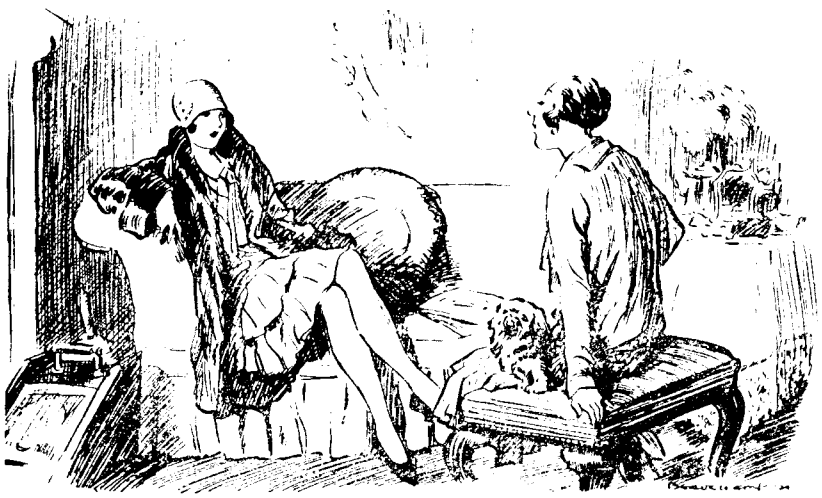
MITAD Y MITAD

—El vino puro hace daño. En casa tomamos mitad vino y mitad agua.

—¡Cómo! ¿Tú le echas agua al vino?

—¡No, hombre! Yo me tomo el vino y mi esposa el agua.

A TIRO DE FUSIL



—¿De modo que has roto tus relaciones con Mr. De Vere?

—Sí; comprendí que no me quería bastante para soportar los pequeños incidentes de la vida en común.

—¿Por qué?

—Porque se enfadaba siempre que Fifita le daba una patada en la espinilla.

The Passing Show, Londres.

El capitán.—El budín que has hecho estaba muy duro. ¿Qué harina has empleado?

El cocinero (suplente).—De la bolsa que estaba detrás de la puerta.

El capitán.—Ya decía yo... Pues, hijo, has hecho un budín de cemento portland.

Sondagesnisse-Strix, Estocolmo.

—He de pagar una cuenta, y sólo tengo un billete. ¿Tienes tú algún dinero suelto?

—¿Cuánto quieres?

—Noventa y ocho pesetas setenta y cinco.

Der Whare Jakob, Berlín.

Aceites puros de oliva
SALGADO (S. A.)
Madrid • Sevilla
Teléfono 53.131
UCA

LEA USTED
macaco

El hombre de negocios.—Oye, Smith, tú sabes que yo tengo muy mala memoria.

Smith.—Sí, señor.

El hombre de negocios.—Bueno; pues recuérdame que te despida a último de mes.

The Passing Show, Londres.

X. Y. Z. 8.-Gutiérrez.-Radio.-Madrid.

Señores:

J. S. García.—A los pies de usted, señorita. Y su artículo al cesto. No quita lo cortés a lo valiente.

T. M. V.—Madrid.—¡Qué lástima! Está bien; pero llega tarde.

M. Lozano.—Berlín. — Ya tenemos corresponsal ahí. El mejor día nos enviará algo.

F. R. del C.—Madrid. — Sus cartas... no han llegado al destinatario.

Papeles, son papeles;
cartas, son cartas,
y sus cosas cubistas,
no tienen gracia.

B. de la C.—¿Toda la chispa radica en que un señor se llama Cerdo de apellido? ¡Vamos, hombre! ¡Y nosotros que creíamos que era un artículo "jamón"!

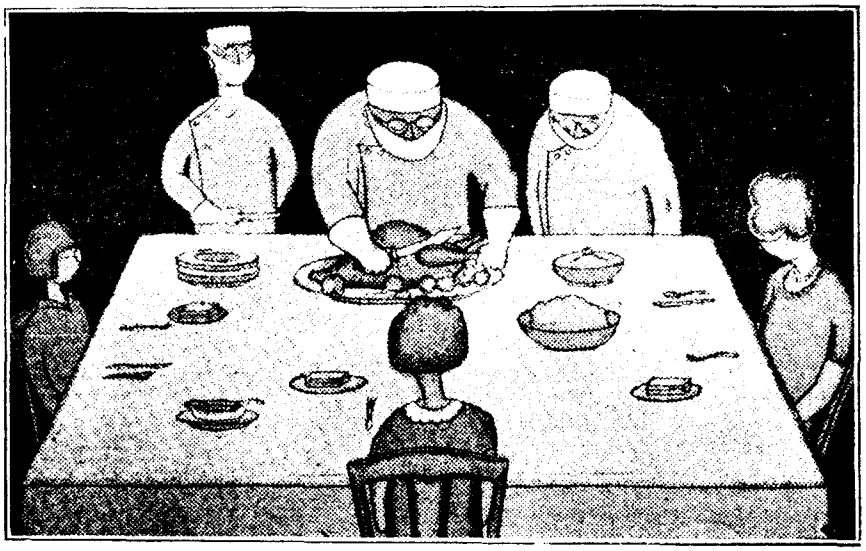
Consuelito.—Barcelona.—Para nosotros no hay consuelo.

A. R. M.—Sevilla.—¡Quite usted de ahí, *maPange!*

Napoleón Bonaparte.—Tiene usted muchísima razón; pero, amigo, ya aquí se había armado el consiguiente cisco. Esa *h* nos la añadieron en la imprenta, que el original no la llevaba; conque *¡hojo*, amigo cajista! Ya ve usted las consecuencias.

Cédula personal núm. 18.357.—*J. M. Y.—F. M. C.—F. Pons:—J. L. de la V.—C. G., Madrid.—J. P., Valencia.—L. Ramos.—C. de C. V.—B. G., Madrid.—J. Vargas.—Carroggio, Barcelona.*—¡Que los entierren juntos!

¡Ha terminado!



La cena en casa del médico cirujano.

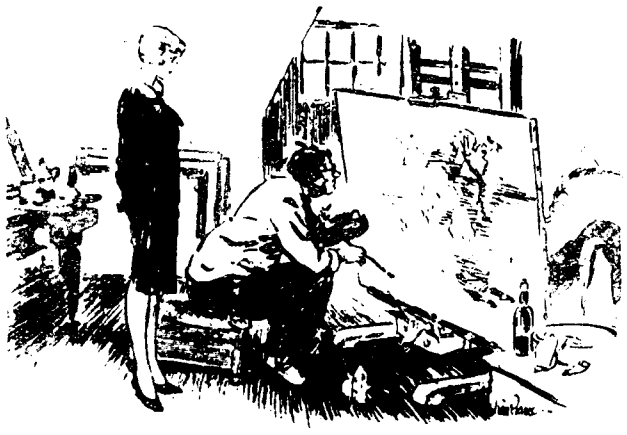
Life, Nueva York.

TUNGSRAM

Nuevas válvulas filamento de Bario, serie, **4** voltios. No descuide la oportunidad para adquirir lo mejor.

RADIO TUNGSRAM

Montera, 10 **Madrid**



La mujer.—¡Precioso! ¡Magnífico!... Ahora que esas ovejitas parecen algo así como unas nubes.

El artista.—¡Claro!... ¡Como que son nubes!

The Passing Show, Londres.

La mujer.—Cuando llegaste anoche a casa me dijiste que habías estado en el Casino con míster Jones. Ahora dices que fué en el Trocadero. ¿En qué quedamos?

El marido.—Es que cuando llegué anoche no podía decir Trocadero.

The Passing Show, Londres.

macaco

el periódico de los niños

25 céntimos - Todos los sábados - 25 céntimos

Cortar, después de llenado, el cupón adjunto y enviarlo a MACACO, Paseo de San Vicente, 20, Madrid, quien, inmediatamente, os remitirá GRATIS un número de muestra

Don ——————————, *residente en* ——————————, *calle de* ——————————, *núm.* ——————. *Solicita que se le remita GRATIS un número de muestra de la revista infantil MACACO.* (FIRMA.)

la pantalla

Publica todas las semanas, como mínimo, 16 grandes páginas profusamente ilustradas en huecograbado.

Editado en RIVADENEYRA. Paseo de San Vicente, núm. 20 MADRID

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 5,50 pesetas; año, 10.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 7 pesetas; año, 12.—Extranjero: semestre, 11 pesetas; año, 20.

estampa

es la revista nacional que interesa a toda España.

estampa

es la revista para el hombre; es la revista para la mujer; es la revista para el niño.

estampa

ofrece siempre: la imagen del momento, el comentario oportuno, la información interesante, los escritores preferidos.

estampa

48 PAGINAS 30 CENTIMOS

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre: 8 pesetas; año 15.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 9 pesetas; año, 17.—Extranjero: semestre, 20 pesetas; año, 36.

LA FARSA

PUBLICACION SEMANAL DE OBRAS TEATRALES

Léala usted todos los sábados

50 CENTIMO

Administración: RIVADENEYRA, (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.

Precios de suscripción: Madrid, provincias y posesiones españolas: semestre, 15 pesetas; año, 30.—América, Filipinas y Portugal: semestre, 16 pesetas; año, 32.—Extranjero: semestre, 25 pesetas; año, 40.

A nuestros lectores

GUTIERREZ abonará **cinco pesetas** *por cada chiste o pie ingenioso para dibujo que se le remita y que se publicara, haciendo constar el nombre del autor, ilustrado con una caricatura. Es condición precisa que dichos textos sean originales e inéditos*

A LOS ESPONTANEOS

Nos es imposible contestar las innumerables cartas que recibimos de nuestros amables colaboradores. No haremos excepción ni con las que vienen con sello para el franqueo. Cuando vean publicado algún trabajo suyo, pueden pasar por nuestra Redacción, a cobrar su importe, cualquier lunes, de seis a ocho.

A LOS COLECCIONISTAS

Los números atrasados de

GUTIERREZ

se venden, al precio corriente, en el kiosco de la calle de Alcalá, frente al Teatro Alcázar.

GARABATOS KAITESCOS

Album de caricaturas

DE

K-HITO

Precio: 6,50 pesetas.

Pedidos a Prensa Gráfica, Hermosilla, 57.—MADRID

Los días de pago en nuestra Redacción (Paseo de San Vicente, 20), son los lunes, de 6 a 8.

ACABAN DE PONERSE A LA VENTA

LAS DOS GRANDES NOVELAS

UN ENEMIGO DEL MATRIMONIO :-: LAS FLECHAS DEL AMOR

DEL INSIGNE NOVELISTA

ALBERTO INSÚA

Precio: 5 pesetas ejemplar.

- Pedidos a Rivadeneyra (S. A.) - Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

—¿Todavía no sabes la instrucción, pedazo de bárbaro? ¡¡Ahora mismo la vas a aprender!! ¡¡Firme!! ¡¡¡De cuatro en fondo!!!